

UN CEREBRO LLENO DE PALABRAS: SOBRE EL DICCIONARIO MENTAL

UN CEREBRO LLENO DE PALABRAS: *ABOUT THE MENTAL LEXICON*

Sara Rodríguez-Gascón

10.26754/ojs_arif/arif.2024110355

Mamen Horno Chéliz (2024): *Un cerebro lleno de palabras*, Barcelona: Plataforma Editorial, 184 páginas.

El lenguaje es uno de los elementos distintivos de los seres humanos y las palabras son uno de los elementos distintivos del lenguaje. Las palabras, que cumplen un papel fundamental en el desarrollo lingüístico, se relacionan no solo con la denominación sino con la creación del mundo que habitamos. *Un cerebro lleno de palabras* es el libro en el que la psicolingüista Mamen Horno trata de dar respuesta a cómo se produce el almacenamiento, el procesamiento, la adquisición y la pérdida de las palabras.

Es un libro lleno de intuiciones, curiosidades y de información muy valiosa: ¿qué es el efecto de la punta de la lengua?, ¿qué es el *priming* semántico?, ¿qué es el *code-switching*? El efecto de la punta de la lengua remite a una condición de dificultad de acceso al léxico puntual, el *priming* a un efecto de facilitación relacionado con la aparición previa de una palabra del mismo campo semántico, y el *code-switching* una conducta lingüística habitual en sujetos bilingües. En definitiva, es un libro de reflexión y de acercamiento a elementos característicos del ser humano. Desde un punto de vista multidisciplinar, el libro muestra un abanico de las investigaciones que se realizan en los distintos campos de la lingüística, tanto teórica como aplicada, que incluye distintas perspectivas, puesto que recoge propuestas de la filosofía del lenguaje, procedentes del ámbito de la neurociencia o de la psicología, ofreciendo un panorama global. Se divide en cinco capítulos, además de la introducción y el epílogo. Todos ellos vienen precedidos por una cita que sugiere el tema principal y que sirve de hilo conductor.

El primer capítulo habla de la construcción de un mundo dentro de otro mundo, pues se dedica a describir cómo se almacenan las palabras en el lexicon

mental. A partir de una apropiada analogía con la lexicógrafa aragonesa María Moliner, se establece que las palabras están almacenadas en un diccionario mental (el lexicón). Ese diccionario mental, a diferencia de los tesoros lexicográficos, recoge las palabras relacionadas entre sí, formando un sistema complejo de redes en el que las palabras se vinculan a través de relaciones (semánticas, fonológicas o experienciales). De este modo, las palabras que almacenamos van creando diferentes relaciones “que podemos llamar mundos pequeños” (p. 19). Pero no solo se explica cómo se almacenan las palabras, sino que se muestra por qué acceder a ellas es un proceso tan rápido (del orden de 2 o 3 palabras por segundo). Como se detalla en el libro, son de gran importancia algunas variables psicolingüísticas, tales como la dificultad fonológica del ítem, el número de significados que posee, la facilidad para construir una imagen mental del mismo, la frecuencia de uso o la edad a la que se aprendió. Las redes neuronales implicadas en el procesamiento de las palabras son tratadas en profundidad en esta sección: a partir de técnicas de neuroimagen se ha demostrado que las palabras no están localizadas en una región concreta, sino que hay diferentes redes neuronales encargadas de procesar determinados tipos de palabras, y que las redes activadas varían en función del contenido semántico de las palabras.

El segundo capítulo describe el modo de añadir nuevas palabras. Y, en ese sentido, la función de las palabras no es solo saber cómo se llaman las cosas, sino saber qué cosas merecen tener un nombre propio. Como se describe con precisión en el texto, las palabras que aprendemos son la llave del conocimiento, de manera que se establece que la lengua, en general, y las palabras, en particular, son una herramienta de conocimiento del mundo. A su vez, se mencionan algunos principios que regulan el aprendizaje e inciden en la necesidad de categorizar la realidad para comprenderla.

El tercer capítulo describe procesos en los que el hablante busca una palabra y encuentra otra. Existen diferentes causas (relacionadas con el envejecimiento sano, pero también con un daño cerebral adquirido) que pueden llevar a un mismo comportamiento lingüístico: la dificultad para acceder a las palabras. Y esta condición produce evidentes problemas comunicativos, pero también dificulta la claridad de pensamiento y, como señala la autora, eso es realmente importante. Ante esa dificultad de acceso se utilizan estrategias compensatorias que ponen de manifiesto el modo de organización de las palabras (lo que remite, de nuevo, al primer capítulo). Y, en este punto, se describen ejemplos reales, didácticos y esclarecedores, de pacientes que, ante dificultades concretas, acceden a las palabras gracias al modo en el que se guarda la información lingüística: porque forman

una serie léxica, como los días de la semana, porque comparten la morfología o la estructura, o a través de palabras genéricas. El mencionado no es el único factor que lleva a la pérdida de las palabras: también los migrantes de larga duración pueden sufrir procesos similares (de atrición). Y, en esa línea de exposición, la autora aprovecha para reflexionar sobre la condición de imbricación cultural e identitaria de los hablantes bilingües. Finalmente, se explica que puede haber una dificultad con las palabras asociada a la ansiedad, en la que el mutismo es un síntoma de un problema mayor.

El cuarto capítulo se centra en la importancia de la interpretación del significado de las palabras, atendiendo al diálogo interno y al efecto sobre los demás del modo en el que hablamos. Desde un punto de vista lingüístico, existen evidencias de que las palabras que denotan extremos, las palabras absolutas, el uso de ciertas metáforas o las palabras tabú intervienen en nuestras emociones. La conclusión que deriva de todo ello es que las palabras que utilizamos no solo nos sirven para entender el mundo, sino que “también regulan nuestro estado de ánimo” (p. 160).

En el quinto capítulo se presta atención a cómo la lengua sirve para ampliar el alcance del pensamiento, de manera que indaga en la relación entre lenguaje y pensamiento. Para ello, se expone y discute el determinismo lingüístico de Sapir-Whorf, según el cual la lengua que se habla determina el pensamiento de los hablantes. Eso implicaría defender que sin lenguaje no hay pensamiento, a pesar de las evidencias sobre la existencia del pensamiento no lingüístico. Como se explica en el libro, el relativismo lingüístico matiza esta relación y propone que la lengua tiene un rol en procesos cognitivos como la atención y la memoria. Así, “el lenguaje humano es una excelente herramienta para el pensamiento” (p. 137), por lo que el léxico de la lengua condiciona determinados procesos cognitivos, pero no coarta ni determina el pensamiento. Para perfilar adecuadamente la relación entre pensamiento y lenguaje se hace referencia a los humanos sin lengua materna en dos contextos: el de los llamados niños salvajes y el de las personas sordas que no han estado en contacto con una lengua de signos. En ambos casos, los sujetos no adquieren su lengua materna de forma natural porque son privados de un contexto que lo permita y, como consecuencia, tienen un desarrollo del sistema cognitivo diferente del habitual. Estos casos permiten concluir que, aunque haya desarrollo funcional del cerebro sin una lengua materna, las palabras aportan matices relevantes y profundidad de pensamiento.

Finalmente, se incluye el epílogo que, en realidad, podría haber sido el comienzo del libro, puesto que define explícitamente, por primera vez, qué son las palabras. Y es que solo tras haber obtenido toda la información previa, el lector tiene una

imagen global de las implicaciones del almacenamiento y el procesamiento del léxico. La autora comienza por decir lo que no son las palabras: secuencias de letras que se escriben aisladas. No son, tampoco, elementos con solo significado y significado, puesto que también incluyen información gramatical. Las palabras pueden pertenecer a categorías gramaticales diferentes y, por tanto, contener información de diferente tipo, que genere una interpretación distinta en cada caso. Y, en la ambigüedad, “nuestro pensamiento gana en profundidad” (p. 16). Con relación a eso, aunque en tareas de laboratorio se ha demostrado que los animales pueden aprender piezas léxicas, solo los seres humanos somos capaces de utilizar esta información de manera gramatical. De modo que, ese final, que es a su vez inicio, es el cierre perfecto que da coherencia y unidad al desarrollo argumental del libro.

A lo largo de las páginas que conforman este volumen hay reivindicaciones constantes que sirven para desmontar mitos sobre la lingüística, el lenguaje y las lenguas. Por un lado, se pone de manifiesto la importancia del trabajo de campo, del uso de corpus y de la lingüística como ciencia, y no solo como aparataje prescriptivista. Por otro lado, se valora la importancia de las lenguas de signos que, desde un punto de vista lingüístico, mantienen características que les confieren el mismo estatus que a las orales. Además, se matiza (y niega) la desventaja cognitiva del bilingüismo y se incide en la relevancia de la adquisición del léxico, proceso que dura toda la vida.

Las referencias de las que bebe el libro son amplias: desde lingüistas clásicos como Saussure o Sapir, hasta investigadoras más recientes, como Jean Aitchison. Repasa hitos como María Moliner, sin ignorar la presencia del lenguaje en productos culturales como las películas de Truffaut o la novela *Las gratitudes*, de Delphine de Vigan. Ese diálogo con otro tipo de producciones (científicas o culturales) incita a la curiosidad, a seguir descubriendo. Y las recomendaciones (intercaladas a lo largo del libro) se encuentran en formato de charlas, lecturas e incluso actividades experimentales enfocadas a diferentes públicos.

Del mismo modo, también se explican determinadas técnicas de recogida de datos, como la tarea de decisión léxica o las pruebas de neuroimagen, que son procesos básicos para la obtención de información sobre el procesamiento del lenguaje en tiempo real. Además, se recogen algunos de los experimentos lingüísticos más habituales que permiten dar respuesta a las incógnitas que se plantean. Y no solo se recopilan, sino que se contextualizan y se explican. Desde una prueba sencilla como la fluidez verbal (con diferentes consignas) hasta la descripción de experimentos atencionales con palabras y pseudopalabras en bebés bilingües y monolingües, se incluyen experimentos sobre el procesamiento de

palabras con contenido semántico de movimiento, y se especifica la activación de neuronas implicadas en la realización del mismo movimiento. También se detallan experimentos sobre el acceso al léxico y la atrición en migrantes de larga duración, sobre la correlación entre el uso de palabras absolutas con la depresión y la ansiedad o sobre el uso de palabras malsonantes en pacientes crónicos.

Un cerebro lleno de palabras, aunque es un libro sencillo, es todo un tratado sobre lingüística, que incluye propuestas actualizadas y que permite la comprensión de ideas complejas. Es también una reivindicación del papel de las Humanidades como Ciencia y una justificación de por qué en Lingüística también se utiliza el método científico. Y todo ello se expone a la perfección en momentos en los que se detalla cómo se realizan los diseños experimentales para falsar las hipótesis o cómo se controlan las variables para aislar la dependiente. La autora usa un tono divulgativo y claro, pero no por ello exento de información científica, ni de contenido profundo. De hecho, incluye exposiciones e interpretaciones sobre teorías lingüísticas complejas, como la teoría de prototipos, la hipótesis de la corporeización del lenguaje, la teoría de la metáfora conceptual, la teoría del modelo parasitario del léxico, la hipótesis sensoriomotora del almacenamiento léxico-semántico, información sobre la terapia racional emotivo-conductual, etc., mostrando que solo quien entiende con profundidad la ciencia que practica la puede explicar con sencillez. Además, esta perspectiva sólida desde el punto de vista teórico se combina a la perfección con la aplicación práctica de buena parte de los contenidos que se incluyen. Así, los contenidos orientados a la enseñanza de segundas lenguas son de alto valor, pero también las investigaciones sobre la disponibilidad léxica en diferentes grupos sociolingüísticos. Contiene destellos de brillantez muy interesantes para el ámbito de la terapia y la rehabilitación lingüística, o para el ámbito de la salud mental. Sin embargo, no hay que olvidar que es un libro orientado predominantemente al ámbito psicolingüístico, donde el peso del procesamiento de las palabras es la base. Y el hecho de que el tono sea divulgativo no lo convierte en una lectura inadecuada para especialistas; al contrario, no solo se introducen hallazgos, conceptos o procesos que parten de la bibliografía previa, sino que se interpretan de un modo enriquecedor. En definitiva, la lectura de *Un cerebro lleno de palabras* permite acceder a algunos de los debates más relevantes de la lingüística a través de una mirada refrescante.

Sara Rodríguez-Gascón
Universidad de Zaragoza
srodriguez@unizar.es